

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## Necesidad apremiante.

Estamos empeñados en una lucha que va tomando proporciones gigantescas. El catolicismo está sufriendo los mas rudos ataques. Vivimos en una época que no tiene semejanza en la historia. Se trata de un mal que ha echado profundas raíces, y se difunde mas cada dia: es la ruina de las antiguas creencias, es la trasformacion de una era que acaba y de otra que empieza. Por espacio de muchos siglos, el Evangelio con sus enseñanzas sublimes, la fé con los sentimientos elevados que forman su lucido cortejo, la Iglesia con sus obras maravillosas que son su brillante corona tenían el camino espedito; era suyo el imperio de las inteligencias y de los corazones. Pero este antiguo orden de cosas va desa-

pareciendo; sobre el imperio de la civilizacion cristiana ha caido un ejército de bárbaros que amenaza triturarlo todo en el gran mortero de sus trituraciones. Jamás calamidad mas terrible amenazó al género humano; jamás se ha visto en la historia calamidad semejante á la que se dibuja en el lienzo de un porvenir no lejano. Avanza como un diluvio, negra de destrucciones, irresistible en su poder, desarraigando nuestras mas queridas esperanzas, tragándose nuestras mas preciosas creencias, envolviendo nuestras mas nobles aspiraciones en una desolacion inconcebible. Decimos que nuestra nacion es eminentemente católica. España como nacion no lo es ya, por desgracia. No lo son integramente sus constituciones, ni sus leyes, ni sus gobiernos.

Hay, sí, en esta nación, digna de mejor suerte una mayoría inmensa de cristianos que creen, que oran, y que mueren consolados con esperanzas eternas y apoyados en la autoridad de la fé; legiones de católicos animosos, siempre en la arena del combate, dispuestos á regarla con su sangre, á dar su vida por la causa de Dios, y de su pátria. Pero tambien hay hombres, en mayor número de lo que parece, pertenecientes á todas las clases sociales, que ya no creen, ni rezan, ni miran al cielo, ni aspiran mas que á los goces materiales; hombres frios, indiferentes, desdenosos, alejados de Dios y del templo, enemigos del Sacerdote, blasfemos, impíos que renuncian á toda realidad ultramundana, á toda esperanza, á la vida futura y á la inmortalidad, apoyados, segun dicen, en la autoridad de la ciencia. Hay gran número de jóvenes pervertidos por la lectura de periódicos hostiles á la fé, por libros de texto, escritos para matar en sus almas toda idea cristiana, por catedráticos que hacen profesion pública de ateísmo, al paso que los jóvenes del pueblo se corrompen y pierden la fé cristiana en esos centros del vicio, hoy tan numerosos, creados por la especulación para ser

y tener á costa de las familias que se arruinan y se deshonoran. Y lo que no puede decirse sin horror, hay gran número de mujeres, pertenecientes á la clase alta y á la clase media que se llaman á sí mismas librepensadoras; que pronuncian sin rubor palabra de impiedad repugnante, de negacion insolente, ó de blasfemia horrenda; que alardean de no tener fé, ni piedad, ni esperanza alguna en el misterio de lo porvenir, respondiéndole á las observaciones del Sacerdote ó á los argumentos del seglar católico que ellas tenían los ojos cerrados hasta poco há, y que los han abierto á la verdad para no retroceder en su camino; que los Curas entenebrece las inteligencias; que son patrañas sus predicaciones; que los terrores del infierno y las promesas del cielo son invenciones clericales para tener á los hombres petrificados en la ignorancia y sujetos al yugo de la Iglesia; que la vida presente se nos ha dado para gozar y que despues de la muerte no hay mas que *la nada*. Hay una turba de obreros seducidos que blasfeman de Dios y maldicen á la sociedad, que han hecho suya esta espantosa profesion de fé, aclamada, hace ya tiempo, en

un Congreso socialista de obreros: Se nos habla de la vida futura, se nos habla del cielo: la ciencia ha demostrado que eso es un sueño y una mentira. No lo queremos. Lo que nosotros pedimos es el infierno, *la nada* con todas las voluptuosidades que la preceden.

La historia de las aberraciones humanas no presenta espectáculo mas desconsolador. Sin duda que muchos juzgarán exagerados nuestros temores; y nos dirán que el mal no es tan profundo ni tan intenso. No somos pesimistas, pero tampoco queremos figurar en el número de los optimistas. El mal existe y cada día va tomando aterradoras proporciones. Es preciso colocarse en el terreno de la lucha para conocer el estado real de las cosas. Viajando, discutiendo, leyendo, peleando con los enemigos, es como se adquiere la triste convicción de los nefandos progresos que está haciendo la incredulidad; es como se conoce la extensión y la intensidad del mal; es como se ve el trabajo asiduo, la tarea constante, la propaganda activa y febril que la ciencia atea persigue, valiéndose del pincel y del buril, del periódico y el folleto, del libro y la hoja suelta, en los cafés y en los talleres, en

las conversaciones íntimas y en los salones.

Tal es el enemigo de nuestra fé, y tal es la extensión y la intensidad del mal que con su poder, astucia y osadía está causando en todos los órdenes de la vida cristiana. ¿Cuáles son los deberes de los católicos y cuál debe ser su actitud enfrente del enemigo jurado de su fé y en presencia de las ruinas que se ofrecen á nuestras miradas?

Todo católico, si no quiere dejar de serlo; si en algo tiene la gloria de su Dios, el tesoro de su fé, y la dignidad de su alma debe luchar con denuedo en defensa de tan soberanos intereses y oponerse con santo corage á las invasiones de la impiedad.

Y lo primero que necesita un católico es la instrucción religiosa. En estas luchas modernas, y enfrente de tantos y tan osados enemigos, todo católico es un soldado de Cristo, y su profesion es la milicia, pero milicia ilustrada; y su deber es el combate; y su fin inmediato la gloria de su rey y Señor, Jesucristo; y su fin último, personalísimo, la conquista de aquella inmarcesible corona, tejida por mano de ángeles que está prometida á los vencedores.

El hombre de carrera, el hom-

bre de negocios, el padre de familia, la mujer, el Sacerdote, todos tenemos necesidad de instruirnos en el conocimiento de nuestra fé, para defenderla de las injurias, de las burlas, de las blasfemias y de las calumnias de nuestros enemigos. ¿Quién no se encuentra hoy con un libro, periódico, ó revista donde se niega una verdad, se ataca á un dogma, se menosprecia un Sacramento, se hace chacota de la piedad ó se lanza inmunda saliva al rostro de Jesucristo y de su esposa la Iglesia? ¿Quién no tropieza en el círculo, en el viaje, en la tertulia, en las relaciones ordinarias de la vida, en el seno mismo de la familia con aseveraciones anti-cristianas, con ideas erróneas, con negaciones insolentes, con doctrinas falsas, ó heréticas, vertidas en frases, palabras, ó discursos mas á menos adornados, pero siempre dirigidos contra la fé de las inteligencias y la virtud de los corazones? Los católicos de carrera literaria deben estudiar la ciencia católica y enterarse de las objeciones que hoy presenta la ciencia impía contra nuestra fé. La instrucción religiosa que poseen, y que por ventura pudo considerarse como suficiente hasta ahora, no basta para cumplir debidamente el precepto

de confesar la fé, el precepto de luchar *legítimamente* como buen soldado de Cristo. Porque el sofisma se presenta hoy bajo nuevas formas, y no basta la instrucción comun para conocer la táctica del enemigo y desenmascarar la mentira de la falsa ciencia.

(Se continuará.)

ZACARIAS METOLA

¡Qué tanto era!

II.

(Continuacion.)

Veinte pensamientos cruzaron mi espíritu con la rapidez del rayo. El Sacerdote no me ha visto, se cree á solas con ese hombre que le ha injuriado; ¿qué hará? Espíemsele. Ahora veré si esas gentes tienen corazón. Diciendo esto, me habia oculado detrás de un árbol corpulento y contemplaba la escena.

El sacerdote se precipitó sobre el desgraciado, le tendió la mano y trató de levantarlo; ¡vanos esfuerzos! El otro no podia ayudar y lanzaba gritos lamentables. Entonces el sacerdote bajó al arroyo y sumergiéndose en el agua, lleno de sudor, izó lo mejor que pudo al herido sobre sus espaldas y le depositó sobre la yerba de la carretera; luego se arrodilló junto á él, examinó su pierna estropeada y la vendó con un pañuelo.

Cuanto al obrero, lloraba de vergüenza y de reconocimiento; y yo estaba tan conmovido, que mi corazón latía hasta romperme el pecho. Todos esos sacerdotes no eran pues egoístas!.. Ya podia salir de mi escondite y acudí al punto. El resto de la conducta del sacerdote no fué menos digna: quiso que el enfermo fuese llevado á su casa y como el muchacho era pobre, el cura le mantuvo hasta que se halló restablecido, con arreglo á mi dictámen facultativo. Este acto del cura

y las conversaciones que tuve con él, dieron el primer golpe á mis preocupaciones me dije que los sacerdotes podian ser buenos como los demás y aun mas caritativos; pero no dejaba de pensar que eran ambiciosos, amigos del dinero y no creian muchas de las cosas que dicen.

### III.

Hacia largo tiempo que tenia el proyecto de ir á pasar algunos dias en mi ciudad natal, poco distante de la comarca donde me hallaba establecido. Diferentes negocios de interés reclamaban tambien mi presencia y, lo confieso, me alegraba de recobrar la vida de ciudad á la cual mi constante reclusion prestaba nuevos encantos. Siempre me retenia la consideracion de no abandonar á mis enfermos en mala época. Esperé, pues, que el invierno estuviese ya avanzado para dejar mi clientela en las mejores condiciones posibles.

Precisamente en el mes de Enero recibí una carta de la antigua doméstica de mi padre, la cual puede decirse que me habia educado, porque ella habia entrado en la casa cuando yo apenas tenia seis años. Bárbara, al morir mi padre, un año antes, se habia puesto al servicio de una de mis tías. Esta-querida tia era la hermana mayor de mi madre. Jamás habia querido casarse; vivia en un barrio extremo, ocupada en el cultivo de su jardín, en el cuidado de sus pobres y sus prácticas de devocion. Habia existido entre ella y mi padre una antipatia muy manifiesta; se hallaba visiblemente afligida por haber sido yo educado tan poco cristianamente y él no podia tolerar el amor que ella tenia á todas las cosas religiosas y la estimacion que manifestaba á los sacerdotes. No obstante,

por respeto á mi madre que tanto habia amado á su hermana, mi padre me enviaba alguna vez á casa de la tia María.

Mientras fui niño, encontraba un placer extraordinario en pasar en su casa largas horas cavando, estropeando y revolviendo su lindo jardín, sin que ella se incomodase jamás. Yo amaba tambien las bellas y piadosas historias que me referia y los regalos que me hacia. A ella debia la gracia preciosa de haber encontrado alguna piedad en mi corazon cuando llegó el dia de mi primera comunión, cuando era aun muy joven. Pero, á partir de esta época, la influencia de mi padre tomó cada dia sobre mí mayor imperio y disminuyó la de mi tia María. Cuando iba á verla, le decia, en asuntos religiosos, cosas que la lastimaban y acababan por irritarla.

A los quince años, habia yo olvidado el camino de su casa. Pero Bárbara seguia queriendo á la tia María y, sin decirlo á mi padre ni á mí, iba á verla á menudo; piadosa como ella, cuando se vió libre por la muerte de mi padre, le ofreció sus servicios, que fueron aceptados en el acto, aunque la tia María ya tenia otra sirvienta. Esto y lo demás que me escribia Bárbara en su carta, puso fin á mis irresoluciones, decidiéndome á marchar.

Bárbara me decia reservadamente que el hombre encargado del cuidado de mis negocios se ocupaba de todos menos de estos, la casa paterna que yo habia heredado se hallaba en un estado que daba lástima y además me insinuaba tímidamente la buena Bárbara que ella iba á encontrarse de nuevo aislada porque mi

tia se hallaba tan gravemente enferma que era posible muriese de un momento á otro; Bárbara me confesaba que en una circunstancia tan penosa para ella, deseaba ardientemente el verme y pedirme consejo.

Marché al día siguiente, despues de arreglarlo todo de suerte que mis enfermos no sufriesen demasiado por efecto de mi ausencia.

Llegado á la ciudad, á las cuatro horas y media sabia que todo lo que Bárbara me habia escrito era demasiado cierto: mi casa tenia necesidad de reparaciones de arriba abajo; todo el mundo se quejaba de mi indigno procurador. Pero yo habia ido por otro motivo aun; tenia prisa de hablar con mi vieja y querida doméstica. Fuí pues á buscarla á la casa donde habitaba: en casa de la tia María.

No pude volver á ver sin una emocion profunda esta casa en donde habia pasado tan agradables horas cuando era niño. Un remordimiento se apoderó de mí por haber sido tan indiferente respecto de mi parienta.

Bárbara me recibió con los ojos llenos de lágrimas: la pobre estaba tan triste que apenas podia hablar; cuando hubimos cambiado algunos saludos:

—¿Cómo está la enferma? le dije:

—Hace ocho días que está entre la vida y la muerte, me respondió, y lo que nos extraña á todos es que la perspectiva de morir le produce tales terrores que causan pena; ¿quién habia de creer que una persona tan piadosa tuviese tanto miedo de morir?

—No debe extrañaros, mi buena ami-

ga; la tia María se muere de una enfermedad de corazon; estas enfermedades van siempre acompañadas de aprensiones y angustias que origina el mismo mal. ¿Sabe ella que estoy aquí?

—No, yo he impedido que se le diga por temor á una emocion demasiado fuerte; cualquier cosa la pone fuera de si. Pero venga V. conmigo y lo dejaré en el salon inmediato al dormitorio é iré á avisarla con todas las precauciones que exige su estado.

Evitamos hacer el menor ruido. Apenas llegamos oimos que estaban hablando en el dormitorio de la enferma.

—«Quién está ahí? pregunté á Bárbara.

—Mr. el abate T... ¡me dijo. Viene todos los días á visitar á la señorita.

Mi frente se enrojeció de cólera: entre otras injurias que yo dirigia á los sacerdotes, les acusaba de cautivar el espíritu de los fieles, especialmente de los enfermos, para hacerse dar su fortuna ó hacerla dar á la Iglesia.

Yo conocia al abate T...: era un anciano docto y bueno; conocia su antigua amistad con mi tia que le respetaba como un oráculo; pero su aire áustero no me gustaba y su fácil palabra me espantaba.

No pude encontrar una ocasion mas favorable para descubrir mis sospechas, pensé; y poniendo la mano sobre el brazo de Bárbara:

—«Aguardemos aquí y callemos.

Ella me obedeció, no sospechando lo que habia de malicia en mis cálculos.

La tia María era un poco sorda: el abate hablaba en voz alta y clara.

Desde las primeras palabras que oí, pude comprender que él se esforzaba en calmar los terrores de la enferma.

Como muchos imbéciles, yo me imaginaba de buena fé que los sacerdotes llamados á la cabecera de los moribundos, les hablaban siempre de la justicia de Dios, del infierno, de todo lo que podía, en una palabra, espantarlos y hacer que se entregaran por decirlo así, atados de piés y manos. Juzgad lo que yo debería esperar del abate T... en semejante momento, con una enferma rica y espantada.

Pero cual fué mi asombro cuando me cercioré de que no le hablaba mas que de la misericordia de Dios, de las miserias de la tierra, de las dichas del cielo, y de una manera tan convincente y tan persuasiva, que yo no habria podido hacerlo!

Pero el diablo me sugirió uno de esos pensamientos innobles, como el sabe sugerirlos.

La vuelta está jugada, me dije; el abate ha hecho sonar sin duda la cuerda del terror, ha logrado lo que queria y ahora acude á la misericordia.

El diablo es listo; pero cuando Dios quiere darle un mentis, lo recibe de una manera sangrienta.

Apenas aquel innoble pensamiento nació en mi espíritu, el abate T... dijo á mi tia:

—«Veamos pobre alma atribulada. Cálmete un poco... Está V. algo menos desesperada que ayer?»

—Sí, dijo mi tia que estaba tendida en un gran sillón, separado de mi por un sencillo tabique. Ya he podido hoy

mirar la muerte de frente y he mandado venir á mi notario. Todo ha quedado dispuesto como él me ha aconsejado, señor abate; pero me ha costado.»

Usted podrá imaginarse á cuales suposiciones me entregaria.

Mi tia continuó en estos términos:

—«Yo habria preferido dejar la mitad de mi fortuna á vuestra iglesia: se habria construido una capilla tan linda, una portada tan hermosa y tantas cosas que le faltan!

—Sí, hija mia, replicó el abate, se habria hecho todo eso; pero vuestros desgraciados sobrinos (los hijos de un hermano de mi madre, muerto largo tiempo atrás) tienen necesidad, mucha necesidad de que se les ayude; su madre ha tenido, ya lo sabe, disgustos con V.; me ha dicho, y es verdad, que ella no es piadosa; pero cuanto mas pienso en ello y me informo de lo que pasó, mejor veo que ella se ha equivocado respecto de la conducta de V., que sólo la desgracia le ha agriado y alejado de Dios; dándole lo que V. le dá, créalo, hace una obra meritoria; le calma y, entrando la piedad en su corazón, ella acabará piadosamente la educacion de sus hijos y volverá á Dios, yo se lo aseguro; le hablaré en nombre de V.: es una mujer de corazón y me comprenderá.

—Pero, replicó mi tia, como dominada por su remordimiento, ¿no podria sacar la parte que dejó á Eugenio (era de mi de quien hablaba) y dar á lo menos esto á la iglesia?... Eugenio tiene una posicion y hace mucho tiempo que me abandonó.

—Hija mia, ya le dije que estas cues-

ones son sumamente delicadas; y no las quiero tratar y ningún sacerdote las quiere. No puedo más que repetir lo que ya tengo dicho: es bueno, excelente, consagrar los bienes á la gloria de Dios; pero ante todo es preciso obrar con prudencia. No quitemos á nuestros parientes más que lo que nosotros podemos quitarles sin hacerles sufrir, sin escandalizarles y sin escandalizar á los demás. El joven doctor no es rico, lo sé (y era demasiado cierto), nadie lo ignora; conforme ha dicho el notario, vive con penuria porque su clientela es pobre y paga muy mal. Cuanto á la razón de que usted tiene queja de él, no valdría nada, usted lo sabe.

[ Esta conversacion me asombraba de una manera extraordinaria. No habria esperado una imparcialidad y una delicadeza semejante del hombre que más hubiese querido, y era un sacerdote á quien estaba obligado á admirar de esta suerte! Y el tono de voz con que habia hablado y las consideraciones religiosas que habia desarrollado todo me demostraba que en el abate T... la delicadeza no era solamente una virtud natural sino un fruto de sus propias convicciones: la religion se me aparecia bajo una forma completamente nueva.

Algunos minutos despues salió el abate y yo pude ver á mi tia.

Ella me recibió con mucha indulgencia dirigiéndome algunas observaciones sobre mi conducta pasada, que yo escuchaba con un respeto del cual me consideraba incapaz una hora antes; en fin, me participó cuales eran sus disposiciones testamentarias en favor mio.

—«Usted me deja demasiado, querida tia, le dije con emocion: le habria sido más agradable dar una parte de esa suma á la Iglesia y á los pobres.

—No he olvidado á la una ni á los otros, me dijo ella, todos tendrán su justa parte; pero he debido guardar la tuya, la de tu otra tia y las de tus desgraciados primos. Lo que tu me dices me causa una gran alegría; tengo la esperanza de que, si la ocasion se presenta ¡y cuántas veces las encuentra un médico en su camino! tu me manifestarás tu gratitud curando á los pobres de balde y no separándoles de la Iglesia, porque ella también los cura, pero á su alma que es de mayor precio.

Se lo prometí y he cumplido mi promesa.

Cuando regresé á mi puesto, pocos dias despues, dejaba viva aun á mi tia María, amándome como en mi niñez; todas mis preocupaciones estaban tan completamente destruidas, que la virtud del abate T... me causaba placer. Buscaba ahora ocasiones de relacionarme con los sacerdotes, no para encontrarles defectos, sino para encontrármelos á mi mismo. Comenzaba á pensar que me habia equivocado en un todo respecto de este asunto: buscaba por todos los medios el desembarazarme de una preocupacion que me oprimia, que me parecia infame, si estuviese mal fundada. Dios vino una vez más en mi auxilio, poco tiempo despues. Estábamos á fines de Marzo: la nieve cubria aun la tierra.

(Se concluirá).